



12° CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT 33: Antropología de y desde los cuerpos

Ciudad-naturaleza. Representaciones y sensibilidades corporales

Gisela P. Kaczan. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, Universidad Nacional de Mar del Plata. gisela.kaczan@gmail.com

Resumen

Este trabajo busca desembarcar en algunas de las relaciones tangibles y, al mismo tiempo, imaginarias, que se dan entre el espacio y el cuerpo, en particular en dos espacios que en ocasiones se construyen como antagónicos: el cuerpo en la ciudad y el cuerpo en el medio natural.

Desde los estudios urbanos tradicionales, se parte de entender la ciudad como avance decisivo en las formas de asentamiento de los grupos culturales sobre una porción del territorio natural. Desde los enfoques interdisciplinarios es posible pensarla como trama legible de relaciones, la vida urbana es un constante y complejo proceso de construcción socioespacial, proceso siempre inacabado. En ella, los habitantes no quedan reclusos, todo lo contrario, colaboran en la creación de modos de habitabilidad, de usos del espacio, de significados y de campos perceptuales.

Sin embargo, son numerosas las representaciones que apuntan a la escisión entre ciudad y cuerpo. Entre ellos, se argumenta que la permanencia en la urbe promueve experiencias que distancian las sensibilidades, tienden a borrar los gestos más primarios y espontáneos, la ciudad sería un espacio ajeno y hostil que asigna recorridos, velocidades, objetivos, formas de contacto y de no contacto. Y parecería

ser que las vivencias en el medio natural vienen a reconstituir esos quiebres. La naturaleza invita al hallazgo de lo sensible, el acto de volver a involucrarse en el registro de la presencia y de la identidad, propia y de los otros.

De acuerdo con esto, interesa trabajar a partir de representaciones narrativas y visuales que se difundieron en publicaciones de la prensa argentina, en la primera mitad del siglo XX. Verificar cómo se dan esos contrastes y, también cómo el cuerpo propone diálogos originales para establecer nuevos nexos.

Palabras claves: *ciudad; naturaleza; cuerpo; sensibilidades.*

Introducción

Esta ponencia busca compartir algunas de las relaciones tangibles y, al mismo tiempo, imaginarias, que se dan entre el espacio y el cuerpo, en particular en dos espacios que en ocasiones se construyen como antagónicos: el cuerpo en la ciudad y el cuerpo en el medio natural.

De acuerdo con esto y con el espacio de intercambio que se genera en las jornadas científicas, interesa iniciar algunas reflexiones a partir de representaciones narrativas que se difundieron en la prensa argentina, en las primeras décadas del siglo XX, en diálogo con las transformaciones internacionales. Plantear algunos indicios sobre cómo se construyen representaciones para la ciudad, las experiencias urbanas en lo público, los estereotipos de sus habitantes y sus emociones y, por otro lado, cómo se vislumbran estas variables e imaginarios en torno al medio natural y su contacto.

Para ello, se dará un panorama sobre la influencia que tuvo el desarrollo de las ciudades industriales y las ideas sobre la ciudad moderna, sobre los desórdenes en las formas de vivir que conllevaron propuestas alternativas para equilibrar el cuerpo y la mente, siendo el retorno a la naturaleza una opción posible.

Para estudiar estos procesos, se propone una mirada transdisciplinaria en la cual se consideren nociones de la historia urbana, la geografía feminista y los estudios sobre los afectos y las emociones.

En este sentido, desde los estudios urbanos tradicionales, se parte de entender la ciudad como avance decisivo en las formas de asentamiento de los grupos culturales sobre una porción del territorio natural. Desde los enfoques interdisciplinarios es posible pensarla como trama legible de relaciones, la vida urbana es un constante y complejo proceso de construcción socioespacial, proceso siempre inacabado (Gorelik, 2016). En ella, los habitantes no quedan recludos, todo lo contrario, colaboran en la creación de modos de habitabilidad, de usos del espacio, de significados y de campos perceptuales.

Con la apertura de nuevos horizontes en las ciencias sociales hacia 1970 se dio un interés creciente en la noción del espacio y la espacialidad de la vida social, la experiencia y la condición espacial de los sujetos que habitan. Así desde los estudios culturales se hicieron aportes para comprender que el espacio se produce a través de las prácticas espaciales (organización física del espacio), de la representación espacial (el espacio como lenguaje) y del espacio representacional (cómo se experimenta el espacio) (Lefebvre, 1981). Los aspectos epistemológicos tomados de M. de Certeau (1999), J. Habermas (1989), J. Le Goff, R. Chartier, J. Revel y D. (1988), Harvey, D. (1990) entre otros, resultan referentes categóricos de estas incursiones.

Esto dio lugar a reflexionar sobre lo cotidiano, el actor, su agencia y subjetividad. Y a pensar desde otro lugar las relaciones entre cuerpos y espacios. Aceptando que el espacio social se re-simboliza en el espacio físico, se piensa junto a Bourdieu (1991) que las grandes oposiciones objetivadas en el espacio físico se tienden a reproducir en categorías de percepción y de estructuras mentales, determinan hexis corporales, tipos de desplazamientos, acercamientos o alejamientos a un lugar. Esto lleva a reflexionar que los espacios interpelan al cuerpo e influyen fuertemente en las formas de percepción que los propios actores tienen de sí y de los otros.¹

¹ El cuerpo tiene una historia y la constituye, es producto y agente tanto como pueden serlo las estructuras económicas y sociales o las representaciones mentales (Le Goff y Troung, 2006). La fenomenología, aportada por Merleau Ponty; las relaciones elaboradas por Foucault (1997) sobre la organización del espacio para maximizar el poder de vigilancia y la propuesta de las “heterotopías”, espacios públicos-privados; la idea de que el cuerpo metaforiza lo social y lo social metaforiza el cuerpo por M. Douglas (1998), el estudio de las relaciones de distancias entre espacios, objetos, personas en la proxémica de Hall, las conexiones entre identidad corporal e identidad urbana de Sennet (1997), las modalidades de intervención y los cuidados, las relaciones con la

Con la llegada del posmodernismo en geografía en los años 1990, los aportes de la geografía feminista fueron clave en la definición de otras búsquedas y de otros intereses. El cuerpo sexuado y generizado se convirtió en el lugar por excelencia para explorar nuevas formas de entender el poder y las relaciones sociales entre personas y lugares. En esta corriente, el espacio es entendido en términos de “complejidad de relaciones” dado que el mundo se construye en relación (Massey, 2004:78). Los espacios se superponen, se entrecruzan y sus límites son variados, móviles, nunca acabados. A partir de los estudios de Mc Dowel (2000) se entiende que tanto las personas como los espacios tienen un género y que las relaciones sociales y espaciales se crean mutuamente, en función de unas ideas y unos comportamientos, unas imágenes y unos símbolos que son cada vez más variables y complejos en el tiempo. Estas perspectivas definen que es imposible pensar en la experiencia humana sin una inscripción en su medio. El cuerpo permite el anclaje, cuerpo y espacio están interconectados.²

En este sentido, A. Lindón señala que la experiencia del ser humano con su medio es a través del cuerpo pues el paso de los cuerpos y de las experiencias corporales sobre un territorio conlleva que no serán igual después, ni uno ni otro, se dan una serie de intersecciones entre la ciudad y la espacialidad, el cuerpo y las emociones (Lindón, 2009).

Hacia mediados de la década de 1990 empezó a perfilarse un fuerte impulso por estudios multidisciplinares sobre las emociones, para dar nuevas luces a las correspondencias entre los hechos sociales y las dimensiones subjetivas. Estos estudios se sumaban a otras disciplinas como la antropología, la sociología o la psicología que ya venían estudiando elementos emocionales desde la década de 1970 (Mosco, 2015).

belleza y la salud, el rol de las emociones y los sentimientos (Courtine, Corbin, Vigarello 2005, Eco, 2004, Le Breton, 2007), entre otras cuestiones, pueden ser capitalizados para pensar las relaciones entre cuerpo y espacio.

² Los estudios de Anna Ortiz Guitart (2012), Miriam Calvillo Velasco (2012), María Dolors García Ramón (2008), Alicia Lindón, proponen algunos de los principales ejes temáticos como el cuerpo y la sexualidad, el cuerpo en medio urbano-rural, los cuerpos en desplazamiento, los cuerpos abyectos, vestidos y modas, estudios sobre cuidados corporales así como los lugares donde se realizan prácticas terapéuticas o de bienestar.

Se tendió a desplegar una perspectiva sobre el papel de los afectos en la vida pública reflexionando sobre ciertos esquemas establecidos, en términos tales que refieran tanto al cuerpo como a la mente, involucrando razón y pasiones, constituyéndose en articuladores de experiencias. Los afectos y las emociones unen, sostienen o preservan la conexión entre ideas, valores y objetos (Ahmed, 2010). En este sentido, los afectos resultan profundamente performativos, por la capacidad para afectar y ser afectados, por la disposición del cuerpo para actuar, enlazar y conectar (Gregg, Seigworth, 2010) Si bien tanto la capacidad física como cognitiva para experimentar las emociones se entiende como algo universal ya que es propia de todos los seres humanos, no se expresan ni se experimentan de manera uniforme, y no son motivadas por las mismas condiciones. Es así que las emociones se aprenden y se comunican a través del lenguaje, de los gestos, los rituales, los medios e influyen en ellas las normas socio-culturales (Depetris Chauvín, Taccetta, 2019).

Si bien no es el objetivo de este trabajo hacer un estado de la cuestión sobre este tema, es importante advertir que las emociones deben entenderse enmarcadas históricamente, en un tiempo y un espacio concreto, que son los que, a su vez, habilitan distintos tipos de emociones. Vinculados con la ciudad y con la propuesta de este trabajo, es inevitable retomar algunos de los estudios de G Simmel (1858-1918) sobre las ciudades y las consecuencias sensoriales y afectivas de sus habitantes en la vida moderna.

En el próximo apartado proponemos una introducción exploratoria a algunos casos de estudio para ver de qué manera podrían empezar a abordarse estas relaciones.

Ciudad

Pensar los imaginarios desiguales y en ocasiones antagónicos entre las relaciones cuerpo-ciudad cuerpo-naturaleza, nos conduce a evocar tiempos pasados cuando las novedades científicas, los avances técnicos y socioeconómicos dados durante la segunda mitad del siglo XVIII y los inicios del siglo XIX, primero en Europa y en otras latitudes luego, tuvieron consecuencias territoriales y urbanas inmediatas.

La Revolución Industrial trajo aparejados avances en la metalurgia, la agricultura extensiva, el desarrollo de medios de transporte, los movimientos migratorios de trabajadores cerca de los centros de producción, la disponibilidad de capital financiero, entre otras tantas situaciones que transformaron las ciudades tal como y se conocían, así como las formas de habitarlas. Se convirtieron en paisajes tecnificados, densamente poblados en condiciones insalubres.

No tardaron en llegar las epidemias y, con ellas, la necesidad de reformas sanitarias y ordenanzas urbanas. Allí donde se desarrolló una sociedad industrial y un sistema capitalista avanzado, la ciudad tradicional acabó resquebrajándose y disolviéndose bajo una transformación estructural y física (Martí Arís, 2000). De acuerdo con Simmel, el tipo metropolitano que existe en muchas variantes, desarrolla una especie de órgano protector, en vez de actuar con el corazón, lo hace con el entendimiento. Su conciencia superior y su intelecto asumen superioridad por encima de los sentimientos. Por eso mantiene un estado de alerta, consciente, así como el predominio de su inteligencia. Estas capacidades intelectuales se ven como una forma de preservar la vida subjetiva ante el poder avasallador de la vida urbana. Estas problemáticas impulsaron ensayos, algunos utópicos, otros posibles, que se materializaron a lo largo del siglo XIX y llegaron a las primeras décadas del siglo XX convergiendo en diferentes ideas sobre las metrópolis modernas. Se discutieron no solo las formas de organizar y zonificar los usos y las funciones sino, también, cómo se debía vivir.

La imagen de la ciudad se volvió metáfora y convivieron diferentes sistemas conceptuales.³ Gran parte de la modernidad buscó en la técnica las analogías que ya no podía utilizar basadas en la antigüedad o en la naturaleza, derivadas de la forma de pensamiento del iluminismo.⁴ De su aplicación a la metrópolis surgió la metáfora de la máquina, de la ciudad entendida como un artefacto productivo conllevaron experiencias maquinistas, que incluyen la industrialización y racionalidad, la normalización y estandarización, la seriación y tipificación, la

³ Sobre metáforas de las ciudades latinoamericanas puede verse M. Rojas López (2015). Babilonia y el teatro de la máquina parásita. Metáforas en el tiempo para pensar la ciudad latinoamericana Colombia: Editorial UN

⁴ Hay varias producciones cinematográficas que se hacen eco de estas transformaciones, como *Metrópolis de 1927* puede verse el peso de la tecnología y sus consecuencias negativas.

economización del esfuerzo, la velocidad. Esto impactaría en la materialización de las condiciones urbanas y en los comportamientos sociales. También se superpusieron metáforas organicistas de la ciudad, como el hecho de identificar algunos de sus componentes como parte del cuerpo humano (por ejemplo, las vías de circulación como arterias), o la idea de colmena humana, una imagen que simbolizaba la ‘laboriosidad’ tanto como la aglomeración, el movimiento de los pasajeros en los medios de transporte hacia sus trabajos, así como a las masas de los habitantes en los nuevos edificios en altura (Zunino, 2014).

Con las variaciones nacionales y locales, estos procesos se dieron en diferentes territorios de Occidente. Argentina no fue ajena, sobre todo en grandes ciudades como Buenos Aires, en el contexto de las rápidas y profundas transformaciones que la convirtieron en una metrópolis moderna –proceso que tuvo lugar entre mediados de 1880 y fines de 1930 (Armus, 2007).

Una crónica publicada en la revista ilustrada El Hogar nos ayuda a diagramar algunos de los imaginarios en torno a las experiencias en la ciudad como metáfora de juego de ajedrez. Bajo el título “La ciudad como damero” el escritor refiere a algunos de los elementos físicos identitarios como la calle y los edificios, los principales estereotipos de ciudadanos y algunas formas de corporalidad y sensorialidad en relación con las dimensiones espaciales:

La mitad de nuestra existencia transcurre en la calle. Es la relación necesaria que existe entre la ciudad y nosotros. Es la mano gris, monstruosa, ramificada en dedos largos e inmensos que aprieta a la ciudad y la pone a nuestro alcance. Alguien ha dicho que la ciudad es un tablero de ajedrez. (...) sobre ese tablero juegan las piezas más extrañas el más extraño juego de la vida que es dado de imaginar (El Hogar, 1952).

La alusión al damero no deja de ser operativa en el marco de las ideas de ciudad moderna. El juego sobre el tablero, así como la vida cotidiana en la ciudad, se propone, dentro de un espacio con movimientos calculados, repetitivos y estratégicos. Puede pensarse en el equilibrio entre vacío-lleño, público- privado en el amanzanamiento sobre cuadrícula como estrategia de crecimiento ordenado en parcelas geométricas.

La aparición de la calle en la cual se filtra la metáfora organicista, como dedos de una mano, donde transcurre la vida pública, contacto inmediato entre espacio construido y espacio natural, conector de experiencias de movilidades y de sociabilidades.

Las fichas blancas con los peatones, personas caracterizadas con signos individuales y de clase, una figuración socioeconómica que refiere zonas de uso diferenciado del espacio urbano. Solo por mencionar algunos de ellos, están el rey, en la figura “del novio” que se apropia de todas las veredas, todas las esquinas, todos los zaguanes. Se desplaza lentamente, paso a paso, sin ver. Está “la reina” en estado de enamoramiento, para ella son los espacios abiertos (avenidas, plazas, jardines) por donde echa a volar su fantasía, aquí la aparición del verde en la ciudad como oportunidad para conectarse con sentimientos de placer e imaginación. Está “el alfil I”, la mujer que va de compras (sin que ello signifique realmente que compre algo), su lugar es la calle como espacio de vidrieras y de consumo. También se refiere a “los peones” que constituyen el mundo:

todos formamos esta multitud (...) apenas abandonada la cárcel del edificio, nos volcamos en la calle buscando cauce a nuestro destino. Todos, unidad más unidad, constituimos esa “alma multitudes”.

Aquí la imagen de la masa uniforme, de identidades individuales que, en la calle forman parte de un todo anónimo y despersonalizado, como autómatas que se desplazan repitiendo ritmos, gestos y comportamientos precondicionados por ser sujetos metropolitanos. Con estas analogías, es interesante interpretar cómo el autor diagrama zonas con funciones y usos preestablecidos que pueden ser apropiados de diferentes formas según el personaje, hay dimensiones espaciales en la construcción de los estereotipos, en relación con formas paradigmáticas de lo urbano. En el caso del “alfil I”, el centro de la metrópoli siempre ha sido la sede de la economía monetaria, donde se da la concentración del intercambio económico y el comercio: la imagen de jóvenes mujeres haciendo derroche frívolo, remite a una conexión con los patrones más tradicionales de los roles de género.

Por otro lado, si bien aparece la calle como espacio de encuentro también era lugar de disputas. Los comportamientos podían ser inapropiados, de indiferencia, falta de respeto y malos modales. Así como las metrópolis tendían a modernizarse, las formas de civilización de sus habitantes distaban bastante de un mejoramiento cultural y una buena educación. Pero, desde una mirada optimista, la calle, por ser un espacio público de interacciones personales, podía verse como una oportunidad donde redimir las miserias y demostrar reglas de urbanidad y gestos dignos, “una escuela de cortesía”.

De acuerdo con Simmel (1903), el siglo XIX demandó la especialización del hombre y su trabajo de acuerdo con criterios funcionales y este proceso haría que cada individuo se vuelva incompatible a otro y a su vez que cada hombre dependa más directamente de las actividades complementarias de otro. En este sentido, en la calle es posible vislumbrar estas situaciones que parecen contradictorias y a la vez subordinadas. La individualidad, la indiferencia y el maltrato, pero al mismo tiempo, ser un espacio de encuentro para un bien común.

En la calle, las fichas negras representan los automovilistas y afines. Se da idea de multitudes en vehículos individuales y de transportes públicos: automóviles, motocicletas, bicicletas, colectivos, tranvía, carritos, triciclos de reparto. Están quienes viven en el centro de la ciudad y quienes se desplazan de la periferia al centro. Los imaginarios se vinculan con el tráfico excesivo y la agitación.

Esto conlleva a pensar que el movimiento en la ciudad implica nociones particulares del manejo del tiempo, no solo por la celeridad sino también por la rutina. Los horarios de entrada y salida del trabajo, los horarios de los medios de transporte, los horarios fragmentados de la jornada, un ritmo constante de sincronización de las experiencias cotidianas. La técnica de la vida metropolitana es inimaginable sin una coordinación horaria de todas las actividades. La puntualidad, la exactitud y el cálculo se imponen sobre la vida por la dilatada complejidad de la existencia metropolitana (Simmel).

Todo esto conllevaba sensaciones asociadas con la velocidad y sus consecuencias poco deseadas para las formas de vivir:

El mundo pasa ahora por una de sus crisis más profundas y como en todas las que la han precedido un inmenso estado pasional –esto es emotivo-agita a la humanidad. El habitante de la ciudad se estremece con las noticias pavorosas, las sacudidas emocionales se renuevan a cada hora con la existencia frenética de la ciudad. “Agitación repentina del ánimo” llama la Real Academia de la Lengua, 1884 (El Hogar, 1920).

Esta dimensión urbana que parece intangible en algunos aspectos, tiene su reflejo en los estados emocionales de los metropolitanos, experimentados en la impaciencia y la prisa, las crisis nerviosas y los accidentes. Simmel percibió que la tensión y el ritmo vertiginoso de la ciudad eran imposibles de evadir, y van a propiciar la configuración de un tipo de personalidad moderno, capitalista, indiferente y reservado, un tipo de personalidad caracterizado por la intensificación de los estímulos nerviosos. Esa intensificación del estímulo nervioso, resulta del rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones externas e internas. Sobre todo los estímulos visuales y sonoros irrumpen en la percepción del urbanita con las impresiones del tráfico, la circulación de los peatones, las formas de consumo, entre otras tantas escenas cotidianas.

El texto también introduce un elemento nuevo en la ciudad, el edificio, el rascacielos, como expresión de las corrientes del cosmopolitismo, como “colmenar humano”. Y con ello la posibilidad de experiencias desconocidas, no solo de aprovechamiento del espacio y habitabilidad, también la experiencia visual y sensible que propone la altura. En una crónica sobre Madrid, pero que el autor hace extensible a Londres, Berlín y Buenos Aires, casi como emblemas de las ciudades modernas tipo de la contemporaneidad, el autor define su experiencia. Antes, las miradas eran horizontales o de arriba abajo. De pronto esas miradas adquirieron una proyección opuesta, ahora se dirigen hacia arriba y la culpa es de los edificios:

“Detenerse y echar hacia atrás la cabeza en un violento escorzo para abarcar la ingente dimensión de la arquitectura que les sume en indefinibles reflexiones porque comprenden que con ella ha venido a la ciudad un aliento revolucionario y un nuevo y desconcertante sentido de la vida.” (Plus Ultra, 1929)

Esto también incluye el abandono del plano para sumirse a la experiencia de la verticalidad, elevarse por el ascensor, otro invento de la tecnología industrial, para llegar en pocos instantes a la terraza, donde la ciudad muestra otra cara. Sabemos que el sentido de la mirada en la modernidad fue un tema de gran interés para los pensadores contemporáneos como Baudelaire, cuando el mirar y el ser mirados en el sistema de planificación urbana implica nuevas dimensiones de sentido, como la dramática desigualdad de clase, por ejemplo, aquí el cronista refiere a la experiencia de la altura que vuelve a la ciudad admirable, mirar desde otra perspectiva para nuevos descubrimientos: “no se distingue el mezquino detalle, solo se ve lo que merece verse.”

Y también se ve lo trágico, las calles que marcan hendiduras, las que han desaparecido o se han abreviado, las que van a desaparecer.

Naturaleza

El desgaste nervioso, el exceso de trabajo, la fatiga mental y orgánica y todos los síntomas que denuncian al hombre de la vida intensa en los finales del siglo XIX y los inicios del siglo XX, hicieron pensar desde diferentes ámbitos de la ciencia médica, la educación, la política y la arquitectura, en procurar ambientes más agradables e higiénicos. En diferentes etapas y planes reguladores, se planteó el interés por propiciar una relación más equilibrada entre ciudad y naturaleza. Y una de las propuestas fue incorporar el verde en la ciudad, que daría lugar a uno de los principios básicos del urbanismo moderno.

En Buenos Aires, las ideas sobre el verde urbano contribuyeron a repensar el espacio para un mejoramiento progresivo, facilitar la respiración del aire puro y redefinir las relaciones entre lo público y lo privado con el diseño de más espacios libres (Armus, 2007). Estas propuestas de reformismo higiénico con fines terapéuticos y fortificantes para el organismo, tuvieron su impacto en las formas de sociabilidad porteña a través de paseos, caminatas y *pic-nics*. Y si bien los beneficios se construían en promesas democráticas, la cultura visual deja entrever las grandes diferencias de acceso según el poder adquisitivo. Vale recordar la

consolidación de la burguesía como grupo dominante, conformada por las clases medias emergentes que marcaron el fuerte contraste entre las clases, la ciudad hizo visible con crueldad las distancias entre las multitudes que eran atraídas, expulsadas, reinstaladas por el trabajo y quienes tenían acceso a sus recorridos, el consumo y su disfrute. Las sociabilidades entre trajes y protocolos de buenas costumbres al aire libre, se diferenciaban de los modos informales y menos exclusivos de personajes anónimos.

Al mismo tiempo y de forma creciente, se fue incentivando la experiencia del contacto con la naturaleza fuera del espacio urbano:

(...) nos movemos libremente, livianamente, sin que nada de excesivo nos sofoque o nos intranquilece. (...) nuestra enfermiza ansiedad nos abandona al respirar la brisa perfumada y fresca (...) me he abandonado a registrar mis propias sensaciones.

Sus fiebres pudieron encontrar aquí, no tan solo un ambiente que les aconsejara el desprecio de todos aquellos fantasmas con que la ciudad pretendía reprimir sus desórdenes, sino que, al mismo tiempo, de brindarles un marco propicio a todos los excesos (Plus Ultra. 1918).

Algunas voces señalan que este retorno deviene de las propuestas hechas en el clima de la ciudad industrial con el romanticismo. Si el iluminismo era un proyecto racionalizador de situar al ser humano en un contexto materialista que le era ajeno, el romanticismo determinó un retorno a la naturaleza, valoró la emoción de los espacios agrestes y la melancolía que generaba la contemplación de los paisajes. No interesaba la naturaleza dominada por el hombre sino la naturaleza como un todo orgánico y vivo,⁵ una fuente de inspiración por oposición al vértigo de la existencia urbana. Y se concreta como práctica periódica en las excursiones los fines de semana y en los viajes dentro del país, especialmente durante la temporada estival:

⁵ Como se anticipó, en el clima de época del desarrollo de la ciudad industrial emergió además del iluminismo, el romanticismo como fuente de pensamiento que bregó por un retorno a la naturaleza. Las pinturas de Chateaubriand de la naturaleza americana y J. J. Rousseau con su ponderación de la bondad ingénita del hombre en estado de naturaleza, determinaron la reacción en las artes e influyeron en el espíritu de las sociedades de los siglos XIX.

... sobre todo habrá usted huido de nuestra infernal y babilónica Buenos Aires; que durante veinte o treinta días no leerá diarios, ni atenderá teléfonos, ni se cuidará de los ómnibus callejeros, ni recibirá comunicaciones de sus empleados, ni tendrá que asistir al entierro de sus conocidos, ni discutirá de finanzas o de política, ni verá diez mil mujeres bellas por minuto, ni dará excusas, ni firmará documentos, ni se comprometerá a nada, ni se expondrá a ningún peligro cierto o eventual. Estará usted en contacto con la naturaleza: vale decir en el seno de Dios. (El Hogar, 1931)

La sensación de escapar de la muchedumbre, de reducir el malestar que producen la información y las comunicaciones, las ansiedades de la sociabilidad, la amenaza de estar siempre en estado de alerta, se contrasta con las promesas de soledad, la ausencia de responsabilidades hostiles, la calma, es decir la libertad de ser y estar.

La fórmula mágica era la vida al aire libre y en contacto con la naturaleza.

Estas prácticas se van afianzando hacia la tercera década del siglo XX cuando las prácticas del viaje y el turismo participaron de un proceso de modernización del Estado y de la conformación/construcción de territorios e imágenes en sentido nacional volviéndose más accesibles para los grupos medios (Ballent, 2005, Ospital, 2005).

Y así como las revistas ilustradas presentaban secciones sobre la ciudad como objeto de interés en la escritura, también lo hicieron sobre las regiones naturales argentinas en un territorio de llanuras, montañas, valles, sierras, playas, bosques, ríos, lagos. Algunos de estos espacios no dejan de ser ciudades, pero el acento está puesto en las características del paisaje natural y en las sensibilidades de la naturaleza indómita.

Si en la ciudad el elemento que permite las movilidades es especialmente la calle, aquí se trata del camino. En los inicios del siglo XX, pocos caminos pavimentados se extendían de Buenos Aires hacia el interior del país y el tránsito se desarrollaba sobre huellas que eran las principales vías terrestres a las que las sucedían sendas que apenas eran aptas para caballos o catangos. El ferrocarril era el principal medio de transporte para grandes distancias y pronto se sumó el automóvil, que ofrecía

grandes beneficios. No solo la independencia, propició el desplazamiento y el cambio constante de escenario en pocos minutos, el goce del aire puro, la emoción estética y la contemplación a la distancia. Esa forma de andar lento a través de la geografía desigual habilita a que la presencia de la flora y fauna autóctonas se perciban con los sentidos. Los perfumes, los sonidos, la humedad o la sequía penetran en el cuerpo. La contemplación del paisaje a través de la mirada y su delectación que se contrasta de forma evidente con las sensaciones de movilidad en el espacio urbano.

Las impresiones duraderas, las que se diferencian ligeramente la una de la otra, así como las que al tomar un curso regular y habitual muestran contrastes habituales y regulares, utilizan, por así decirlo, un grado menor de conciencia que el tumulto apresurado de impresiones inesperadas, la aglomeración de imágenes cambiantes y la tajante discontinuada de todo lo que capta una sola mirada. Un profundo contraste con los estímulos sensoriales de la vida metropolitana. La metrópoli requiere del hombre una cantidad de conciencia diferente de la que extrae la vida rural, donde el ritmo de la vida como aquel que es propio a las imágenes sensoriales y mentales, fluye de manera más tranquila y homogénea. Ello explica el carácter intelectualista de los metropolitanos en contraposición con los pueblos y pequeñas ciudades que descansa mucho más en relaciones emocionales profundas.

Algunas de las crónicas en la prensa comparten largas descripciones sobre las características de los sitios naturales y sobre cómo el cuerpo se involucra en su contacto:

“en trance de turismo arriesgado es posible bajar al fondo de la hondonada. Guías diestros y nervudos, ágiles criollos de caras brunas, amparan al viajero en esta marcha impresionante. Se va descendiendo por los peñascos empapados (...) saltando de piedra en piedra, salvando abismos oscuros y sintiendo la vaporización rabiosa de las aguas que pega en la cara (...) Sentado por fin en la roca (...) La enormidad del cuadro es superior a mi capacidad receptiva: aquello es demasiado. No es posible hablar. No se hacen ya preguntas a los guía. La voz humana no podía hacerse oír por los sonidos de la naturaleza. (Plus Ultra, 1916)

Las percepciones y su efecto en quien descubre. La aprensión directa a los elementos y el compromiso de la corporalidad. Esa sensación de que las experiencias del viaje provocan marcas y emociones que no pasan inadvertidas, se guardan en la memoria a modo de referencia, el viajero que vuelve, ya no es el mismo, ha tenido la sensación de pequeñez frente a la magnitud de la naturaleza.

La velocidad del observador también cuenta. A pie, los paisajes son diferentes que mirados desde un automóvil veloz. La velocidad altera el diferencial perceptivo, por eso interviene tanto en la apreciación del paisaje. Así pues, la escala perceptiva, sea en términos espaciales o temporales, es un elemento capital para que nuestra mente identifique paisajes.

La relación temporal del viaje es limitada, es un tiempo acotado, el de las vacaciones,⁶ implica una voluntad de acción que propone una salida, que interrumpe lo habitual y permite vivir otros ritmos, otras emociones, otros placeres, incertidumbre, expectativas. Los del tiempo libre y la elección personal. Y uno adopta una identidad particular, es excursionista, viajero, turista, que, según fuentes de la época, es una palabra nueva en el léxico español, es “el que viaja por su gusto” sabe de antemano cuándo va a llegar, qué es lo que va a ver, cómo va a ser tratado y cuándo regresará (El Hogar turismo, 1933).

Así como el descubrir paisajes transforma lo sensible, otra cuestión que se marca en las crónicas es la idea de que los elementos de la naturaleza, como el sol, impactan visiblemente en lo corporal, esto se manifiesta explícitamente con el bronceado: “usted regresará después curtido por el sol, con las pupilas llenas de paisajes.” El retorno de un ser que vuelve con marcas en el cuerpo y en la memoria, la piel bronceada por los rayos del sol y las sensaciones positivas de la contemplación del paisaje, lo sublime y expresivo. Sobre esta práctica moderna un cronista que viaja a playas europeas señala:

Hay una fervorosa prisa por teñir de bronce las carnes. Es el color obligatorio. Quien más logra parecerse por el tinte de la piel a una india de Texas o a una cuarterona de Jamaica, más a la moda y más contenta está. ¿Por qué semejante

⁶ Teniendo en consideración que el término menor de las vacaciones es de quince días (El Hogar, 1937)

regresión a las razas de color? Habrá venido J.J. Rousseau a predicar de nuevo la vuelta a la Naturaleza? (...) Basta fijar la vista en las carnes desnudas y comparar.” (Plus Ultra, 1929)

Desde una mirada conservadora y tradicional, el cronista hace una puesta en valor de la visible coloración de la piel y la exhibición de la corporalidad en las playas extranjeras, que se puede hacer extensible a la Argentina, donde también se estaba practicando. Es de destacar su referencia al romanticismo y a esa degradación del hombre civilizado cuando comienza a imitar por sus comportamientos a los pueblos originarios. Así, el espacio agreste propicia sensibilidades que parecerían estar más alejadas del orden y la racionalidad aunque, no del todo. El relato señala la prisa y la obligación como elementos que guían de algún modo la apariencia del cuerpo.

Algunas reflexiones

Ciudad, naturaleza y corporalidades están atravesadas por ritmos, tiempos y sensibilidades. Están atravesadas por espacialidades que se experimentan en tránsito y movilidad así como en el permanecer.

La nota sobre la ciudad como tablero de ajedrez hechó luz sobre algunos aspectos de la ciudad moderna en torno a elementos centrales como la calle y su relación con las formas de moverse en ella, sus estereotipos cosmopolitas, las emociones que conllevaba.

Las representaciones apuntan a la escisión entre ciudad y cuerpo, se da idea de que la permanencia en la urbe promueve experiencias que distancian las sensibilidades, tienden a borrar los gestos más primarios y espontáneos, la ciudad sería un espacio ajeno y hostil que asigna recorridos, velocidades, objetivos, formas de contacto y de no contacto.

Y parecería ser que las vivencias en el medio natural vienen a reconstituir esos quiebres. Se concluye por imponer el retorno a la naturaleza como una necesidad físico-psicológica, para aprovechar los beneficios de sus elementos, en la búsqueda del aire libre. Primero con fines curativos e higiénicos, pronto como fuente de descanso y de placer ligado con nuevas formas del ocio. La naturaleza invita al

hallazgo de lo sensible, el acto de volver a involucrarse en el registro de la presencia y de la identidad, propia y de los otros. La naturaleza parecía ser la revelación, el remedio a la fiebre urbana. Ya por el hecho de viajar y cambiar de espacio físico se estaría tomando distancia de las preocupaciones y el cuerpo, en sus gestos y emociones podría percibirlo. Aunque algunas crónicas sugieran opiniones controversiales en relación con los comportamientos sensibles y la falta de civilidad. Quedan aún muchas aristas por recorrer.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S.(2010). *The Promise of Happiness*. Durham: Duke University Press.
- Ballent, --Armus, D. (2007). *La ciudad impura*. Buenos Aires: Edhasa.
- Ballent, A. (2005). Kilómetro Cero: la construcción del universo simbólico del camino en la Argentina de los años treinta. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. Buenos Aires: Tercera serie, n° 27.
- Bourdieu, P. (1991). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Depetris Chauvín, I.,Taccetta, N. (2019). *Afectos, historia y cultura visual. Una aproximación indisciplinada*. Buenos Aires: Prometeo.
- Girondo, O. (1918). A orillas del Lago de Como, *Plus Ultra*, Buenos Aires, a 3, n°21
- Gorelik, A., Areas Peixoto, F. (Comp). (2016). *Ciudades latinoamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gregg, M. Seigworth, G. (2010). *The affect theory reader*. Durham: Duke University Press.
- Habermas, J. (1989). "Modernidad: un proyecto incompleto" en Casullo, Nicolás (ed.). *El debate modernidad pos-modernidad*, Buenos Aires: Editorial Puntosur, p.131-144.
- Harvey, D. ([1990] 2001). *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change 90*, Cambridge: Mass, Blackwell.
- Lefevre, H. (1974). "La producción del espacio", en *Papers: Revista de Sociología*, n°3 pp.219-229.
- Le Goff, J.; R. Chartier y J. Revel (Dir.) (1988). *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero.

- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. En *Cuerpo, Emociones y Sociedad*, Córdoba, n° 1 año 1, pp.6-20.
- Marañón, G. (1920). La emoción. *El Hogar*, Buenos Aires, a 17, n°575.
- Martí Aris, C (2000) *Las formas de residencia en la ciudad moderna*. España: Ediciones de la UPC, S.L.
- Mc Dowel, L. (2000). Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Massey D. (2004). "Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización" en *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57, España, pp. 77-84.
- Mosco, J. (2015). La historia de las emociones, ¿de qué es historia? *Vínculos de Historia*, n. 4, pp. 15-27.
- Novellino, N. La ciudad como tablero de ajedrez. (1952). *El Hogar*, Buenos Aires, a 48, n° 2218.
- Ortega R., (1931). *El Hogar*. Número dedicado al Turismo en Argentina, Buenos Aires, a XXVII, n°1150.
- El Hogar* turismo (1933). A XXIX n°1258.
- Ospital, M. S. (2005). "Turismo y territorio nacional en Argentina. Actores sociales y políticas públicas, 1920-1940", en *EIAL*, vol. 16, n° 2.
- Roldán, B.(1916). Las Cataratas del Iguazú, *Plus Ultra*, Buenos Aires, a1, n°7.
- Salaverría, J. M. (1929). Madrid, ciudad moderna, *Plus Ultra*, Buenos Aires, a14, n159.
- Salaverría, J. M. (1929). Vacación frívola. Playas europeas, *Plus Ultra*, Buenos Aires, a14, n161.
- Simmel, G. ([1903]2002). La metrópoli y la vida mental [*Die Grossstadt und das Geistesleben*]. En *Sobre la individualidad y las formas sociales* (pp. 388-403). Quilmes: Prometeo.
- Zunino D. (2014). Experiencias pasajeras: prácticas y representaciones de la movilidad cotidiana en el Buenos Aires de principios de siglo XX, X Jornadas de



Investigadores del Departamento de Historia, FHum, UNMdP, Mar del Plata, 19 al 21 de noviembre.